



ENSAYO

EL ECLIPSE DE LA CULTURA AGRARIA EN CENTROAMERICA (1930-1979)

60

Por Miguel Huezo Mixco

La «cultura centroamericana», si acaso existe, lo es únicamente como la sumatoria de las diferentes culturas nacionales que la integran, que han recibido generosas influencias de otros movimientos y tendencias externas a la región, pero que han sido apropiadas y expresadas desde un proceso completamente centroamericano, al menos congruente con el desarrollo cultural de sus respectivos países.

El puente continental

Miguel Huezo Mixco poeta, periodista y ensayista salvadoreño. Ha sido becario de la Plumsock Foundation de Nueva York, y de la Casa de Escritores y Traductores de Saint-Nazaire, Francia. Ha publicado los ensayos *La casa en llamas. La cultura salvadoreña en el siglo XX* (1996) y *El tercer ejército. Desafíos de las Fuerzas Armadas en la postguerra* (1997).

Antes de los años 30, Centroamérica todavía podía seguir siendo vista como un todo, no sólo en términos geográficos, históricos y, en gran medida, lingüísticos, sino que también por corrientes culturales e ideológicas comunes. Una de ellas fue seguramente la arraigada visión de Centroamérica como una región destinada a convertirse, por su posición continental, en un puente cultural, económico y social entre las Américas. La idea norteamericana de construir un canal interoceánico a través de Nicaragua, y posteriormente por Panamá, tuvo como complemento las diversas acciones políticas, económicas y el intervencionismo armado de los Estados Unidos. Las intervenciones imperialistas se produjeron sucesivamente en Nicaragua, Haití, República Dominicana y México.

Una enorme y creciente inversión de

capitales norteamericanos en Centroamérica, se hizo patente a través de la construcción de ferrocarriles, plantaciones bananeras y explotaciones mineras. Pero la incipiente modernización de las sociedades centroamericanas, tuvo como contraparte el sometimiento de los gobiernos de la región a las presiones, frecuentemente abusivas, de las compañías extranjeras.

Desde mediados de los años 20, en muchos países de Centroamérica se formaron círculos, integrados mayoritariamente por intelectuales y estudiantes, que enarbolaban programas de renovación nacional. El pensador salvadoreño Alberto Masferrer es exponente de una corriente de corte nacionalista, que al mismo tiempo es portadora, por un lado, de un claro sentimiento antinorteamericano, y por otro, de una visión inspirada en la idea bolivariana de unidad panamericana.

Como él, otros intelectuales, artistas y



escritores, entre ellos el hondureño Froylán Turcios, elaboraron una concepción en la que se mezclaron ideas estéticas, religiosas y políticas, impregnada de un sentido mesiánico, que tenía como fines la defensa de la soberanía frente a lo que en ese momento comenzaba a representar el poder de los Estados Unidos en el Caribe y Centroamérica, así como la redención de las empobrecidas masas campesinas. En su revista Ariel, Turcios dio cabida a artículos del mexicano José Vasconcelos o del cubano Julio Antonio Mella, manteniendo relaciones y correspondencia con numerosos latinoamericanos en Europa y en Estados Unidos. De igual manera, en Costa Rica, Joaquín García Monge, editor del Repertorio americano, una publicación que con una

perspectiva continental tuvo muchas coincidencias con los pensadores citados.

Aquel tipo de planteamientos contenían, de fondo, el reclamo a favor de una urgente reorganización social, planteada tanto en términos políticos como culturales. Un reclamo que, a través del surgimiento y la consolidación de numerosas revistas y periódicos, fundados por los emergentes sectores de clase media, posibilitó el ejercicio de un periodismo de mayor independencia y autonomía, así como la difusión de ideas que a menudo desafiaban a los grupos de poder tradicionales.

Los paradigmas del arte y de la literatura modernistas, vigentes desde el establecimiento del reino verbal de Rubén Darío, se enfrentaron a un cambio radical. Los ar-

tistas y literatos que repuntan en derredor de los años 30, ya no conciben el arte como una vía de escape a las degradantes formas de convivencia social imperantes en las sociedades neocoloniales, y que el proceso de modernización económica, por la vía de las inversiones norteamericanas, lejos de resolverlas más bien parecía llamado a exacerbarlas. El arte, a partir de entonces, pasa a ser un elemento coadyuvante en la conjuración de los problemas sociales. La poesía del futuro, afirmó el escritor salvadoreño Alberto Guerra Trigueros, debía colaborar de manera más íntima "en el desenvolvimiento y solución" de los problemas sociales y humanos. Este tipo de ideas trascendieron el marco de la literatura y el arte, y llegaron a convertirse en motores

ENSAYO

no sólo de las decisiones políticas asumidas por los artistas, sino que tuvieron impacto en sectores medios e intelectuales. En ese momento, los literatos llegaron a ser auténticos líderes de opinión, elaborando propuestas reformistas de alcances nacionales.

En este marco, surgió una de las personalidades fundamentales de la historia y la cultura centroamericanas: Augusto C. Sandino. Estos cincuenta años de historia tienen en el héroe nicaragüense una figura altamente simbólica. La década de los años 30 arranca teniendo como música de fondo los estallidos de la gesta de Sandino contra la intervención de tropas norteamericanas; una lucha que atrajo la simpatía y el apoyo de numerosas personas en Centroa-

Sandino ocurrió lo que probablemente fuera uno de los pocos acontecimientos del siglo —comparable sólo con la lucha centroamericana contra el filibustero William Walker— capaz de hermanar a los sectores más sensibles de toda la región, tanto entre las élites intelectuales como entre las capas populares.

La invasión norteamericana de Nicaragua no sólo confirmó los temores de la élite intelectual frente a los Estados Unidos. En cierta manera precipitó también una toma de conciencia de los sectores populares que, a lo largo de los años 30, emprendieron luchas reivindicativas, como las huelgas bananeras en Costa Rica y Honduras. Lo más grave del caso fue la manera en que, uno tras otro, fueron asumiendo el poder oficiales de los ejércitos que, si no eran decididamente apoyados, al menos sí tolerados por el gobierno de los Estados Unidos. Con la excepción de Costa Rica, en toda Centroamérica los sistemas políticos evolucionaron hacia dictaduras, que impusieron la censura hacia los medios de comunicación y anularon la disensión política.

El episodio más trágico, cuyas secuelas se prolongaron a lo largo de medio siglo, fue el alzamiento indígena-campesino en el occidente de El Salvador, en enero de 1932 (que representó el debut del Partido Comunista Salvadoreño en la historia), seguido de la feroz contraofensiva gubernamental que produjo millares de muertos. La matanza, frecuentemente vista como resultado del choque entre una vanguardia comunista al frente de campesinos desesperados, contra un régimen militar al servicio de intereses oligárquicos, tiene muchos otros ángulos de enfoque.

Desde el ángulo de la cultura, para el caso, aquel fue un evento que definió la “calidad sangrienta” del tipo de relaciones entre un estado mesoamericano (ya no una autoridad colonial, invasora) y su población indígena, a partir del cual, ésta optó por un proceso de incivibilización. La población náhuat de El Salvador se vio apremiada de renunciar a su lengua y a semiclandestinar sus formas naturales de organización en cofradías. En cierto modo, la matanza del 32 culminó el proceso de conquista y colonización. El control de la tierra y la mano de obra para asegurar el desarrollo exitoso de la producción de café, pasó por la negación violenta de la especificidad cultural de uno de sus componentes, sobre todo en la región de los departamentos de Ahuachapán y Sonsonate, donde las comunidades indígenas habían mantenido un importante grado de solidaridad étnica.

De la crisis, esplendor

El colapso de la Bolsa de Valores de Nueva York en 1929, cayó como un trueno en el tejado de las economías agroexportadoras centroamericanas. Con la reducción de los ingresos por la venta de los productos centroamericanos, las arcas de los estados de la región se vieron desprovistas de fondos. Esta depresión económica provocó una crisis social y una reacción política que cuestionó el modelo liberal que las oligarquías habían construido en todos los países centroamericanos. El resultado fue un largo período en el que las políticas de los estados afectaron directamente uno de los pilares fundamentales de la cultura, como es la educación, e incubaron el descontento político y social.

El patriota Augusto C. Sandino, es una figura clave en la cultura centroamericana del siglo veinte

mérica y en todo el continente. El pintor Armando Morales, que lo vio de niño, acompañado de su Estado Mayor, en la Managua de 1932, años más tarde, en medio del entusiasmo por el proyecto de la Revolución Sandinista, inmortalizaría la figura de aquel hombre que fue capaz de resistir a la potencia militar estadounidense y propiciar la salida de los marines del suelo de Nicaragua.

El asesinato de Sandino, en 1934, levantó una ola de indignación por todo el continente. Con

De cualquier manera, para nadie era fácil gobernar un barco que hacía agua por todos lados, y del que ni siquiera se tenía completo control de su timón.

El costumbrismo y la vanguardia nicaragüense fueron el primer grito de independencia cultural en la región

Los grandes agricultores recurrieron a la sobreexplotación de los latifundios, postergando un proceso de industrialización que, de haber ocurrido, hubiera creado condiciones para el desarrollo de economías más autosuficientes. Una visión de mundo esencialmente agraria sobredeterminó, en general, la cultura centroamericana. Y si los símbolos visibles y oficiales de la nacionalidad desde finales del siglo XIX han estado representados en elementos esencialmente agrarios, a lo largo de los años 30 al 40, también el arte y la literatura exploraron el mundo campesino, convirtiendo al llamado "costumbrismo" en la corriente por excelencia de la identidad centroamericana.

Más allá del oscuro folklore de sus tiranos y de las reconstrucciones, a veces hasta correctamente escritas, de las leyendas y las peripecias de la peonada, una apretada constelación de creadores produjeron obras de calidad y proyección universales. Entre todos destacan dos narradores, dueños de un lenguaje y puntos de vista excepcionales: Miguel Ángel Asturias, quien ya en 1927, consiguió

con *Leyendas de Guatemala* la cristalización de una visión radicalmente nueva de la mitología indígena apropiada en el mestizaje, y Salarrué (Salvador Salazar Arrué), quien en sus *Cuentos de barro* traspuso al personaje campesino de un plano instrumental hacia otro plenamente humano.

En el terreno de la poesía, el fenómeno más importante fue el surgimiento de la vanguardia nicaragüense, que coincide con la invasión norteamericana de 1928. Estos poetas, entre quienes se cuentan autores de dimensión universal como José Coronel Urtecho y Pablo Antonio Cuadra, propugaron por una restitución de la soberanía, que de inmediato se enfrentó a las formas de ejercicio del poder de parte de los liberales y conservadores.

Ambas corrientes representan el primer grito de independencia de la literatura centroamericana, lo cual no significa que —como sucede en todas partes— una y otra hayan recibido generosas influencias de otros movimientos y tendencias externas a la región, pero que son apropiadas y expresadas desde un proceso si no completamente centroamericano, al menos congruente con el desarrollo cultural de sus respectivos países.

Cuando la economía centroamericana comenzaba a reponerse de la Gran Depresión, el mundo se ve abismado a la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Y, una vez más, la posición estratégica de Centroamérica y particularmente del Canal de Panamá, impone a las sociedades del istmo nuevos roles y determinaciones políticas. Los nuevos flujos de ayuda económica, por parte del gobierno de Estados Unidos, tienen como complemento una mayor ayuda

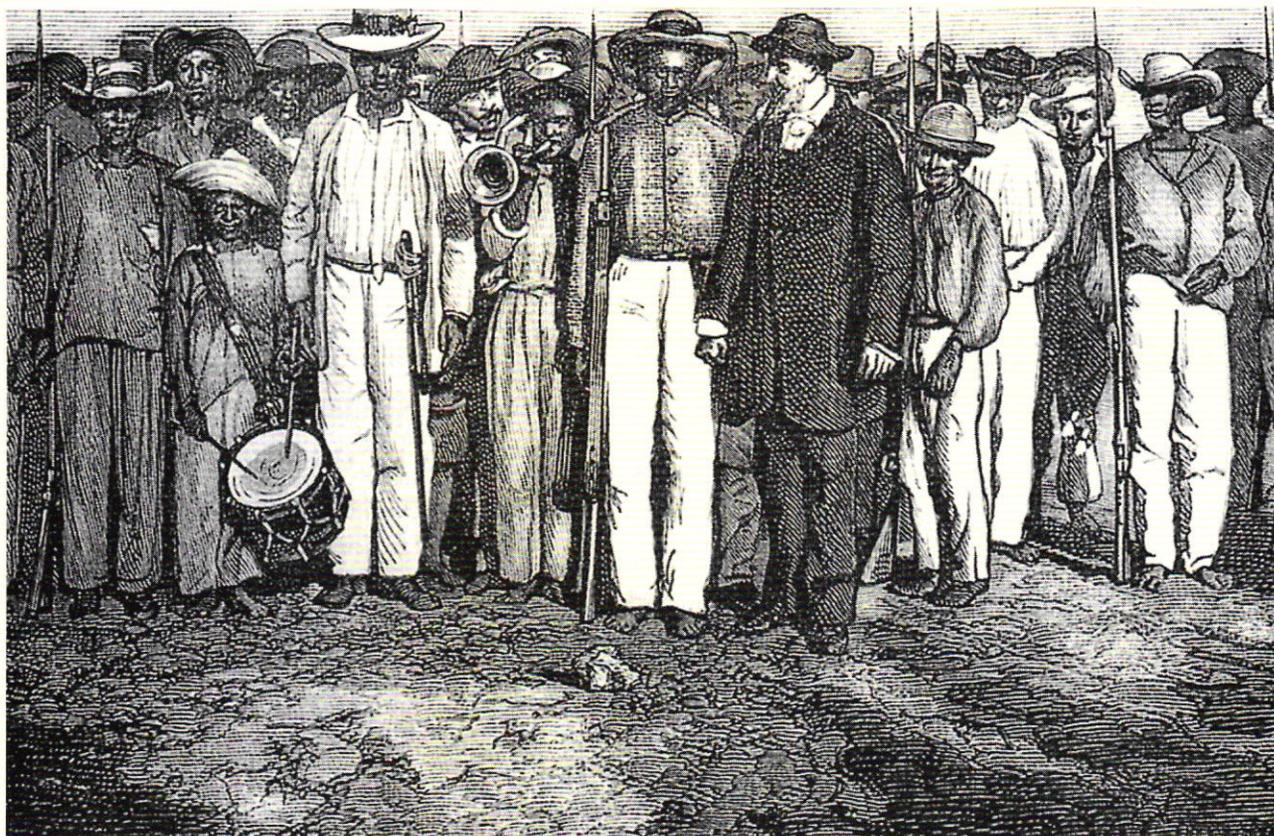
destinada a la tecnificación y armamentización de los ejércitos de la región. Y, aunque el estallido de la guerra obligó el cierre de los mercados europeos de café, el gobierno norteamericano otorgó cuotas en su propio mercado a los países productores del grano. El banano corrió peor suerte, ya que los barcos para su transporte y comercialización fueron destinados por Estados Unidos para prestar fines bélicos mientras duró la conflagración.

Pero la dinámica misma de la guerra contribuyó a acelerar el proceso que terminó con el largo periplo de los dictadores. Un acrecentamiento de la conciencia cívica, unida a un nuevo viraje de la política norteamericana hacia la región, propició movimientos antidictatoriales. En ellos participaron trabajadores urbanos, intelectuales y, con la excepción de Nicaragua, oficiales jóvenes de los ejércitos. Mientras en Costa Rica, Rafael Calderón Guardia iniciaba un proceso temprano de reformas, en el resto de Centroamérica se luchaba contra dictadores. Las caídas de Jorge Ubico, en Guatemala y de Maximiliano Hernández Martínez, en El Salvador, fueron un hecho trascendental, que abrió paso a reformas que modernizaron la economía y la política de esos países. Honduras también se abrió a un proceso de reformas, realizado por los mismos militares. Nuevos códigos de trabajo, leyes de fomento industrial, aprobación de constituciones más acordes con los tiempos que corrían, así como intentos de reforma agraria, caracterizan aquel momento. El ejemplo más notable es el de la llamada Guatemala "revolucionaria".

Guatemala vivió su primavera

ENSAYO

64



política entre 1944 y 1954. Luego de la caída de Ubico, bajo los gobiernos de los presidentes civiles Juan José Arévalo y luego Jacobo Arbenz, se incrementó la inversión pública, se emprendieron campañas de alfabetización y se fundó el Instituto Nacional Indigenista. La Ley de Reforma Agraria de Arbenz emitió más de un millar de decretos de expropiación que favorecieron, momentáneamente, a unas cien mil familias campesinas. Los sectores terratenientes y la Iglesia Católica, sirvieron de plataforma para fraguar una invasión militar organizada desde territorio hondureño. El ejército le retiró su apoyo a Arbenz, quien se vio obligado a renunciar. El coronel Carlos Castillo Armas, con el apoyo de los Estados Unidos, asumió el poder dando marcha atrás al proceso refor-

mista, conculcando de manera drástica las libertades políticas.

A partir del año 1945, la economía de los países centroamericanos experimentó un crecimiento acelerado. Aunque la agricultura siguió siendo la principal fuente de riqueza, se inició un proceso de urbanización mediante un moderado, aunque importante, proceso de industrialización. Las economías de cada uno de los países de Centroamérica asumieron rasgos propios. Mientras en otros países de Latinoamérica, la crisis padecida durante la guerra les llevó a incrementar el comercio intrarregional, las repúblicas centroamericanas apenas comerciaban entre ellas. La dependencia del mercado norteamericano se hizo más grande, y los intereses del sector agroexportador dominaron la escena política.

El auge del café requirió de un nuevo proceso de expropiación de tierras a los campesinos. El exilio y la migración pasaron a convertirse en elementos constitutivos del perfil cultural centroamericano. El campo comenzó a experimentar una drástica reducción de los bosques y una creciente depredación de los recursos naturales, con efectos ecológicos que en pocos años llegarían a ser catastróficos.

Para entonces, se había consolidado la hegemonía de Estados Unidos en la región. Los patrones culturales norteamericanos, trasvasados por el cine y los medios de comunicación, ejercieron una verdadera influencia para los habitantes de las ciudades.

En toda Centroamérica, la idea de nación se había venido construyendo, a partir de la concep-

ción de una cultura mestiza, fundamentalmente integrada por el cruce racial y cultural de indígenas y españoles. La cuestión del mestizaje surge en Centroamérica, en el momento en que grupos sociales tradicionalmente subordinados o excluidos, pero al mismo tiempo vinculados con una tradición étnica europea, comienzan a ganar presencia en la escena nacional.

Tradicionalmente, los centros de poder han estado integrados por los miembros de la comunidad mestizo/española. Ello deriva con frecuencia en una actitud exclusionista hacia los sectores “no mestizos” —descendientes de africanos, árabes y chinos— pero principalmente hacia los indígenas que, en la región, siguen ocupando una franja significativa de la población, sobre todo en Guatemala y Nicaragua.

En el caso de los negros, estos fueron vistos, a lo largo de este período, como “extranjeros” que no tenían lugar dentro de la emergente nación mestiza. Las élites políticas y económicas de Costa Rica, Honduras y Nicaragua, recurrieron frecuentemente a discursos racistas y xenófobos dirigidos hacia la población negra, en períodos de agitación laboral. En Costa Rica, hasta los años 40 tuvo vigencia una ley que prohibía a los negros desplazarse hacia el oeste y pasar por la capital, San José.

Otros gobiernos de corte progresista del período, también mostraron poca comprensión hacia el asunto étnico, como lo prueba el caso de la Guatemala de Arbenz. Durante el gobierno de Arbenz, en virtud de la puesta en vigencia de nuevos códigos laborales, por primera vez en casi 75 años, los

mayas fueron libres para proteger sus propios intereses económicos, y hubo estímulo para su participación en gobiernos locales, sindicatos y organizaciones sociales. Incluso se dieron los primeros pasos para dar una educación bilingüe y expandir la educación rural; sin embargo, las reformas en el régimen de tenencia de la tierra favorecieron fundamentalmente a los campesinos, provocando la frustración de los pueblos mayas del altiplano, generándose así nuevas tensiones entre éstos y los ladinos.

En Centroamérica, fue la modernidad la que obligó a una primera reflexión sobre la llamada “identidad cultural”

El asunto llegó a su clímax con la matanza de indígenas por parte de los ladinos en la aldea de Patzicía, en octubre de 1944, durante la cual fueron muertos todos los mayas adultos que se encontraron. Asimismo, los jóvenes mayas llegaron a ser la base fundamental del ejército, mediante un reclutamiento abusivo y discriminatorio.

La concepción mestiza indígena/española obscurece el hecho de que la cultura de estos países ha llegado a constituirse, a través de los siglos, como una compleja y rica amalgama de ingredientes étnicos y culturales. Lo que contemporáneamente se considera como lo “autóctono”, es decir, las supervivencias culturales de los pobladores de la Centroamérica, que enfrentaron a las expediciones es-

pañolas hace quinientos años, eran a su vez el residuo de otros pueblos invasores.

La cultura mesoamericana, integrada al complejo cultural que arranca con las invasiones de los pueblos mexicanos desde la zona del golfo, si bien es un componente fundamental de la cultura actual, no es el único. La costa atlántica de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá estuvo desde hace siglos más relacionada con las sociedades suramericanas. La destrucción de los patrones precolombinos durante la conquista, precisamente por las diferentes formas que esta asumió en cada región, generó dos tradiciones perfectamente diferenciadas y que sobreviven hasta nuestros días: la mesoamericana y la del sureste centroamericano. Al lado de los componentes enumerados, vienen a agregarse, contemporáneamente, nuevas y crecientes dosis de cultura norteamericana, en lo urbano, y mexicana, en lo rural. La primera, si bien es un componente de la misma dominación que los Estados Unidos ejercen sobre los países del área, tampoco se puede atribuir cualidades perversas a toda manifestación cultural o subcultural, por el simple hecho de ser producida en los Estados Unidos.

La búsqueda de la identidad

Desde mediados del siglo XX, exponentes del sector intelectual y artístico centroamericano volvieron a establecer un debate, que data desde finales del siglo XIX y principios del XX y que, en pocas palabras, podría definirse como “la búsqueda de la identidad”. El problema de la identidad comienza a ganar terreno entre los secto-

ENSAYO

66

res ilustrados, que comienzan a experimentar los efectos de la diferenciación cultural y social de la modernidad. Antes de la fundación de un Estado moderno, que en Centroamérica comenzó a perfilarse, en general, hasta el último cuarto de hora del siglo XX, era muy difícil hablar de una identidad nacional, no dijéramos centroamericana. Lo que había, y que de alguna manera pervive a lo largo del período que examinamos, eran más bien distintas identidades adscritas a estamentos, clases y grupos étnicos, incluso a posiciones político-ideológicas.

A partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, este debate, por influencia de las ideas marxistas y socialistas en general, desemboca en una propuesta de reconstrucción del imaginario cultural, que se expresa en un rechazo de los símbolos de la nacionalidad, que habían sido cimentados por el pensamiento liberal, y reivindicando a personajes proscritos de la historia oficial. Así resurgen personajes como el caudillo no-nualco Anastasio Aquino y el mismo Sandino, y se rompe el silencio en torno a la masacre de 1932 en El Salvador.

En este debate predominaron dos tendencias de interpretación del fenómeno cultural, cuyas prolongaciones llegan hasta el fin de siglo, y que no son excluyentes entre sí. La primera establece una posición de “resistencia” frente a lo foráneo (y particularmente a lo norteamericano), concediendo poco o ningún espacio a las elaboraciones locales. En un segundo término, otra vertiente establece la validez de la cultura, a partir de lo estrictamente “propio”.

Exponentes de una y otra ten-

dencia han descalificado el carácter dinámico y múltiple de la cultura, considerando que, en esencia, las manifestaciones de la cultura de Centroamérica son producto de la imitación y la dependencia de la cultura norteamericana. Centroamérica es vista por estos intelectuales como un campo baldío, donde, como equivocadamente ha escrito el novelista Sergio Ramírez, gran parte de sus posibilidades “son derrotadas en el camino, o en el vientre”.

En este período, el frecuente desgarramiento de vestiduras de los intelectuales centroamericanos

Los intelectuales han fungido como intermediarios privilegiados entre su comarca y el resto del mundo

contra “lo extranjero”, estuvo movido a veces tanto por una consideración “cultural” como política. Históricamente, los intelectuales y artistas centroamericanos han jugado un papel clave y hasta constructivo en la importación ideológica y estética hacia una región ávida de ideas y de mundo. Ya sea por razones diplomáticas —desde Darío, el primero y principal, quien desempeñó cargos consulares en varios países, o Salarrué, que vivió por una década entre Nueva York y Washington, o Asturias, diplomático en París, al igual que el caricaturista Toño Salazar—; por razones políticas —como los guatemaltecos Mario

Monteforte Toledo y Augusto Monterroso o Roque Dalton, de El Salvador, cuya proyección internacional no hubiera sido posible sin el soporte de la Revolución Cubana—; o sea por opción personal —como los pintores Carlos Mérida, Armando Morales y San Avilés—, los intelectuales y artistas centroamericanos han fungido como intermediarios entre su comarca y el mundo, como puentes para el trasiego de ideas exóticas, de Centroamérica al mundo y viceversa. Esta situación privilegiada e irreprochable, ha evitado precisamente que Centroamérica siga siendo un reducto aislado de todo contexto universal, carente de memoria y que, como el mismo Ramírez sostiene, “vive de recuerdos prestados en literatura, arquitectura y formas de organización política”, presa de una resignación a ser perennemente “provinciana”, con escasas posibilidades para acceder a la “universalidad”, o como una extensión extática de las culturas prehispánicas que sobreviven a merced del turismo.

Estos reclamos son prolongaciones de los que, en su momento, hicieron los literatos de principios de siglo; reclamos que han pasado a formar parte de una forma de ser y de entendernos, a partir de las condicionantes en las que estos países surgieron a la historia. Ya no es posible, sin embargo, celebrar lo “autóctono” como la manifestación original por excelencia de nuestras culturas.

No debemos perder de vista que las corrientes migratorias de centroamericanos hacia las ciudades estadounidenses que, a lo largo de los años 70, crecieron hasta constituir un verdadero río huma-

no en los años 80, están perfilando una cultura que, a su vez, transforma por infinitas vertientes, los patrones de la misma metrópoli.

A menudo aquellas formas de proponer una cultura centroamericana, impermeable a la marejada cultural del mundo contemporáneo, se parece a los movimientos ultraconservadores que surgen en ciudades como Los Ángeles, Estados Unidos, que intentan mantener su mundo descontaminado de las “invasiones” de los habitantes de Centroamérica. Algo que, para uno y otro caso, no será posible.

Por este camino se ha llegado a adoptar, más como una frase hecha que como un concepto revelador, el enunciado “búsqueda de la identidad”, como si ésta, en permanente formación y definición, debiera encontrarse, como un objeto acabado, fruto anhelado de infinitas pesquisas, en otro lugar que no sea la forma de ser y vivir de las sociedades en su actualidad. Los lazos de identidad, precisamente porque son algo más que un discurso articulado, se establecen a partir de que una comunidad renueva en la vivencia cotidiana intereses que le son comunes, encontrando en su contexto social expresiones de solidaridad que le refuerzan humanamente, e identifica en su devenir histórico—cuyo conocimiento le llega sea por la tradición o la educación—símbolos que fortalecen su sentido de pertenencia.

Justamente en el período que va desde los años 40, hasta finales de la década de los cincuenta, la identidad cultural de los países de Centroamérica se modela también a partir de la conciencia de sus propias carencias. Prueba de ello

La “identidad cultural” no puede ser impermeable a la marejada cultural del mundo contemporáneo

son los movimientos artísticos que surgen en Guatemala. Luis Cardoza y Aragón y Miguel Ángel Asturias, en la literatura, y Carlos Mérida en las artes plásticas, recogen de su realidad los elementos que, tratados con excelencia, constituyen cristalizaciones de la cultura no sólo de sus países sino de la humanidad entera; una valoración que se extiende para las obras del costarricense Carlos Luis Fallas y del salvadoreño Miguel Ángel Espino.

Una nueva vuelta de tuerca en este debate se produce a partir de los años 70. El enfrentamiento altamente polarizado de los movimientos sociales con el poder tiende a desplazar la cuestión de la identidad a un segundo plano. El debate cultural se define más bien entre posiciones “internacionalistas de carácter popular” (o proletario), y las posiciones (oficiales) “nacionalistas de carácter burgués pro imperialistas”. Encima de todo, este tipo de debate se ve determinado por el enfrentamiento entre Este-Oeste. Será hasta los años 90 cuando, después del fracaso de las estrategias revolucionarias, y ante la necesidad de construir espacios de entendimiento en un clima de paz, la cuestión de la identidad vuelve a cobrar un nuevo protagonismo en el debate cultural, estableciéndose

un discurso muy poco diferenciado entre la cultura oficial y sus antagonistas.

Desgarres unionistas

En el año 1951 dio inicio, mediante una resolución de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), un nuevo intento de integración centroamericana. Un año más tarde, con la fundación del Comité de Cooperación Económico del Istmo Centroamericano, se echó a andar el proyecto. A lo largo de la década de los años 50, la región exhibió una estabilidad financiera, que sirvió de marco para una sucesión de acuerdos de libre comercio e integración económica, compromisos de equiparación arancelaria, coordinación de políticas comerciales con terceros países y exclusividad en las concesiones y garantía para la libre conversión de las monedas. Poco a poco, a nivel de los estados y de los agentes económicos, en una región balcanizada por los intereses de los grupos de poder de cada uno de los países, se fue creando un clima de confianza destinado a favorecer la integración.

Para 1953, un comité especial estableció la primera Nomenclatura Arancelaria Unificada Centroamericana (NAUCA), a la cual se fueron adhiriendo gradualmente los países de la región. El proceso dio un salto adelante con la suscripción, en 1958, de un Tratado Multilateral de Libre Comercio, que contenía los aspectos más importantes de los acuerdos bilaterales.

Al comenzar la década de los 60, imperaba un optimismo sobre el futuro de una Centroamérica unida a través de sus economías: el Tratado General de Integración

ENSAYO

68

Económica (1962) se propuso crear a cinco años plazo, una zona de libre comercio, estableciéndose un arancel externo común y, en 1966, se suscribió un tratado de telecomunicaciones entre Guatemala, El Salvador, Nicaragua y Honduras, al cual, un año más tarde, se adhirió Costa Rica. Dicho proceso sufrió una tremenda desgarradura a raíz del conflicto armado entre El Salvador y Honduras, en julio de 1969. La guerra duró apenas cien horas, las suficientes para que el ejército salvadoreño ocupara una porción del territorio hondureño y vengara entre los pobladores campesinos de Nueva Ocotepeque, con idéntica saña, los atropellos y crímenes cometidos contra sus connacionales. Suficientes también para que el sueño integracionista se hiciera pedazos.

El intenso trabajo de los gobiernos para reestructurar el sistema regional, no impidió que El Mercado Común Centroamericano sufriera otra desgarradura cuando Honduras, en diciembre del siguiente año, restableció los gravámenes a las importaciones de productos centroamericanos, dando al traste con el proyecto de la zona de libre comercio. Tras la decisión de Honduras, otros países procedieron a imponer restricciones al comercio con sus vecinos. Por si fuera poco, el terremoto de Managua, en diciembre de 1972, impuso nuevas regulaciones a las exportaciones de guatemalte-



cos y salvadoreños.

Cuatro años más tarde, nuevos esfuerzos hicieron posible el proyecto de creación de la Comunidad Económica y Social de Centroamérica que, en su diseño, rebasó las voluntades políticas de los gobiernos y que, además, soslayaba, en pos de una interés regional, los fuertes intereses de los empresarios centroamericanos. Como resultado, dicho proyecto, luego de su presentación, fue abandonado. El proceso de integración regional, si bien permitió el crecimiento económico y algunos cambios institucionales, no consiguió favorecer la democratización de las sociedades centroa-

mericanas.

La cultura urbana

A partir del medio siglo, se produce en Centroamérica un cambio poblacional de grandes magnitudes. Entre 1950 y 1970, el número de habitantes llega a ser de casi 20 millones, y casi la mitad de la población nació o se trasladó a vivir a las ciudades. Pero esta intensificación del proceso de urbanización no fue acompañada de un incremento similar en el empleo urbano. Muy pronto, la ciudad de Guatemala, al igual que San Salvador, comienzan a poblarse de barrios marginales. La exclu-

sión social de las grandes mayorías se vuelve más notoria y sensible. Y no es que antes no fuera así; lo que ahora ocurre es que las ciudades, asimiladas cada vez más a los patrones de la sociedad de consumo, vuelven más contrastante la pobreza, que crece al lado de las suntuosas edificaciones tan propias del período de la bonanza económica.

Existe otro factor adicional: el desarrollo de los medios de comunicación. El despliegue de esa "cultura mediática" llega a ser de tal envergadura, que pasa a convertirse en el principal elemento de cohesión social, como antes lo fue la cultura literaria.

entorno

ENSAYO

El desarrollo de las sociedades centroamericanas, a partir de los años 50 al 70, suele definirse con la fórmula, tan contradictoria como patética, de “crecimiento con bienestar y pobreza”. Ciertamente, el crecimiento económico de la región en ese período mostró tasas superiores al promedio latinoamericano. Sin duda, Centroamérica modificó, en muchos sentidos de manera cualitativa, su carácter de sociedad atrasada, esencialmente agrícola, sujeta a los ciclos de la naturaleza, alterando su perfil tradicional, aunque conservando rasgos de su condición subdesarrollada. El estilo de crecimiento se sustentó en las desigualdades y, más grave todavía, vino a reforzarlas. El acceso al crédito, a la tierra, a los bienes de consumo, a la tecnología y a la educación y el conocimiento, favorecieron, en definitiva, a una élite social que ha mostrado capacidad organizativa y de influencia política.

En toda Centroamérica se emprenden proyectos conservacionistas de la cultura del mundo agrario, ya que su declive era evidente. El gusto de las personas se vio sensiblemente modificado, a través de las cada vez mayores innovaciones tecnológicas. A causa de la determinación que ejercen los modelos y patrones culturales norteamericanos, la cultura popular tradicional entró en franca declinación. Como elemento social, la cultura popular en todas las épocas experimenta transformaciones acordes con los cambios de la sociedad a la que pertenece, al mismo tiempo que es capaz de adaptarse a esos cambios. En la artesanía es en donde mejor se expresan esos ajustes. El apareamiento de nuevas necesidades

materiales y recursos, obligó a cambios en la producción de utensilios de cocina y, en muchos casos, las artesanías tradicionales pasaron a ser sustituidas por los productos plásticos. En las ciudades y municipios fueron extinguiéndose también los pequeños talleres artesanales de joyeros, zapateros y talabarteros.

En el plano de la cultura estética, se crearon y reforzaron las Escuelas de Bellas Artes o de Artes Plásticas. La actividad de maestros como Valero Lecha en El Salvador, y Rodrigo Peñalba, en Nicaragua, sentó las bases para una plástica de superior calidad en ambos países, formando pintores de primera línea internacional como Rosa Mena Valenzuela y Armando Morales, respectivamente. También se fundaron las Facultades de Humanidades y Arquitectura. En todos los países se crearon editoriales, que dieron un impulso a la profesionalización del trabajo del escritor y una mayor difusión de sus creaciones. Se abren galerías y, poco a poco, llegó a establecerse un mercado de obras de arte que a partir de los años 70 llegaría a ser floreciente.

Las universidades pasan a jugar un papel protagónico en la actividad cultural, no sólo científica, académica y política. En sus programas de extensión universitaria se proyecta y estimula la creación artística, y se auspician congresos de escritores y científicos sociales. El despliegue de amplios sectores medio urbanos y la actividad académica y política de las universidades, propicia la propagación de estudios sociológicos, políticos y económicos, así como las investigaciones arqueológicas y etnológicas. De manera especial, las uni-

versidades se vuelven la caja de resonancia de las ideas marxistas que, desde las primeras décadas del siglo, habían generado una influencia creciente entre campesinos, artesanos, trabajadores urbanos y estudiantes universitarios.

El triunfo de la Revolución Cubana, en 1959, ejerció un enorme influjo sobre nuevas generaciones de intelectuales, estudiantes y dirigentes sindicales y populares, que fueron experimentando un proceso de radicalización, tras el desencanto hacia los grupos opositores tradicionales y sus luchas por la democracia. Como en el resto de Latinoamérica, la izquierda se pasó al bando de la Revolución Cubana para diferenciarse de las otras corrientes —ortodoxos, prosoviéticos, prochinos y partidarios de una alianza con la “burguesía nacional”—. En toda Centroamérica surgió una “nueva izquierda”, cuyos programas se constituyeron con una amalgama de vertientes que iban desde el marxismo a la socialdemocracia, pasando por el cristianismo postconciliar.

Esta mezcla no fue arbitraria. A raíz de la celebración de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, en la ciudad colombiana de Medellín en 1968, la Iglesia Católica empezó a acortar la brecha que tradicionalmente la separaba de los pobres, y se fue alejando de su antigua postura de defensora del establishment en el poder. Medellín sentó las bases para la Teología de la Liberación, que pronto encontró campo fértil especialmente entre los sectores campesinos. La proliferación de grupos eclesiales de base llegó a constituir un verdadero movimiento de masas, especialmente

ENSAYO

en El Salvador y, en menor cuantía, en Nicaragua. Ese movimiento religioso de base, radicalizado y ramificado en las zonas rurales más pobres, fue el complemento para aquella conjunción.

Así, a partir de los años 60 y 70, en el marco de la crisis política generalizada en la región, la influencia del pensamiento marxista y la doctrina social de la Iglesia católica ayudaron a producir una superación del pensamiento socialista tradicional en Centroamérica. Las luchas políticas cambiaron de carácter: lo que se planteó fue la transformación global de la sociedad. El surgimiento de los grupos guerrilleros en Guatemala (1960), en Nicaragua (1963) y posteriormente en El Salvador (1970) fueron prueba de ello.

Estos tres movimientos armados generaron amplios movimientos sociales que involucraron a maestros, estudiantes universitarios y de secundaria, pobladores de tugurios, campesinos, empleados estatales y sectores intelectuales. La legitimación del uso de la violencia pasó a ser un elemento sustancial de estos movimientos sociales radicales. La mayoría de las sociedades centroamericanas enfrentaban situaciones de extrema polarización.

La irrupción de estos nuevos actores sociales urbanos, demandando atención a sus problemas de marginación social y exclusión política, coincide con la consolidación de la hegemonía militar por encima del poder civil. Únicamente en Costa Rica y en Nicaragua, los militares no se constituyeron en un poder hegemónico. En el primero de los casos, por la ausencia de un estamento militar propiamente dicho y, en el segundo, porque la Guardia Nacional estuvo organizada como una insti-

tución al servicio de la dinastía de los Somoza. Del poder delegado que caracterizó el ascenso de los militares en los años 30, pasó en los años 70 a ser un poder en sí mismo. Los ejércitos pasaron a ser garantes ya no sólo de los intereses ajenos, sino de sus propios intereses y fueros, que habían desarrollado y adquirido en las décadas anteriores. La tradición centroamericana, una vez más, estuvo caracterizada por la presencia política de los militares en las prácticas de exclusión.

El descontento y la consiguiente resistencia a las estructuras excluyentes y autoritarias fueron creando condiciones para que las luchas sociales y políticas derivaran en violencia y guerra civil. Por ese camino se abrió en Centroamérica la mayor crisis política de toda su historia.

La generación de artistas que surge a mediados del siglo tampoco se sustrae a esta crisis. La inagotable violencia, que parece asumir características endémicas, impregna la obra de los escritores. Así, justamente en 1950, Oswaldo Escobar Velado con su libro *Cien sonetos para mil y más obreros*, sienta las bases de una estética que en El Salvador tendrá en Roque Dalton su máximo exponente. Dalton introduce, en la poesía salvadoreña y centroamericana, un incomparable sentido de velocidad, reconstruyendo un espacio poético sonoro, llevando el lenguaje hasta sus extremos. En Guatemala, los poetas Roberto Obregón y Otto René Castillo se convierten en paradigmas de una conducta del escritor, que tiene ante sí, la disyuntiva de incorporarse al movimiento revolucionario y tomar las armas, o sucumbir al acomodamiento que lleva a la traición de su propio pueblo. El escri-

tor Sergio Ramírez, en Nicaragua, se adhiere a la lucha del FSLN y, tras el triunfo revolucionario, ocupa la Vicepresidencia de la República de su país. Los poetas hondureños Roberto Sosa y Óscar Acosta incorporan su palabra a la denuncia y a las iras populares. Con dramático colorido, pintores como Élmor Rojas y Marco Augusto Quiroa, ambos guatemaltecos, recogen de su realidad trastornada por el dolor, las herramientas para un arte de alto contenido universal.

En el centro de todo este movimiento subyace la noción del "compromiso", entendida como la necesidad de que el escritor, el artista, el intelectual, ejerzan con su obra y su vida una práctica destinada a transformar su sociedad. Más allá de sus testimonios personales, a menudo desagarrados y contradictorios, lo esencial de sus propuestas se encuentra en sus obras. El espíritu de la época está plasmado en el conjunto de esas obras.

El triunfo de la Revolución Sandinista, en julio de 1979, cierra y abre un nuevo ciclo de la historia y la cultura de Centroamérica. Se abre un período de estrategias revolucionarias enfrentadas al círculo fatídico de nuevas intervenciones armadas, directas o indirectas de los Estados Unidos.

Quizás no sea exagerado decir que la Centroamérica de este período sólo puede ser vista como un conjunto, en tanto la política norteamericana le vino otorgando ese carácter, y en la medida en que el subdesarrollo unificó procesos históricos surgidos en contextos muy diferentes entre sí.